





MARCELA ALLUZ

MAL *de* MUCHAS







MARCELA
ALLUZ

MAL *de*
MUCHAS



A

Alluz, Marcela

Mal de muchas / Marcela Alluz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

El Ateneo, 2019.

256 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1019-5

1. Narrativa Argentina Contemporánea. 2. Novela. I. Título.

CDD A863

Mal de muchas

© Marcela Alluz, 2019

Derechos exclusivos de edición en castellano para todo el mundo

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2019

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4983 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

Diseño de cubierta: Luis Tinoco

Diseño de interiores: María Isabel Barutti

ISBN 978-950-02-1019-5

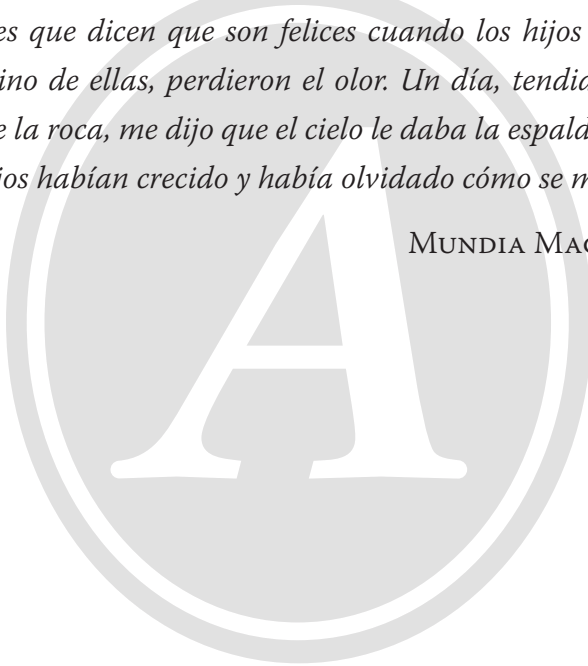
1ª edición: octubre de 2019

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Esta mañana soñé que manejabas entre la niebla y nos rompíamos la frente contra la roca donde nació tu madre. Soñé que mi amiga me decía que tener a sus hijas era lo más hermoso, y yo sabía que mentía. Le estrellaba el corazón contra la roca donde ahora moría la madre de tu madre. Las mujeres que dicen que son felices cuando los hijos no saben vivir sino de ellas, perdieron el olor. Un día, tendidas en los filos de la roca, me dijo que el cielo le daba la espalda, y lloró. Sus hijos habían crecido y había olvidado cómo se mentía.

MUNDIA MAGDALENO





Después, me puse los zapatos y me fui, sabiendo que no pondría más los pies en esa casa.

Claro que me dio pena. Siempre me duelen las despedidas. No tanto de las personas como de los lugares.

Me acuerdo con una nitidez insoslayable de las manchas de humedad de la habitación en la que dormí los primeros años de mi niñez. A veces las he añorado con toda la nostalgia hecha un nudo en un lugar del cuerpo.

Me subí al colectivo sabiendo que si no lo hacía así, si no me iba la mañana de un lunes con todo ese sol y con la promesa de una cita esa misma tarde, no me iría nunca.

Atrás quedaba el único hombre por el que hubiese atravesado el abismo. Por eso me fui. Porque el instinto de supervivencia me atraviesa y no soy dada a andar dejando el alma en otros cuerpos.

En ese momento no quise volver a verlo nunca. Ni a llamarlo. Ni a saber de él.

Pero hay un lugar de la piel donde se ha quedado marcado, imprescriptible. Como aquellas manchas de humedad, doliéndome como solo me duelen las paredes.



La habitación estaba oscura, desordenada. Las motas de polvo flotaban en los hilos de sol que colgaban desde las persianas. Yo dormía. Ajena a todo, dormía. La cara se me sonreía y el cuerpo de costado transpiraba un sudor suave. Él me miraba. Se debatía entre despertarme o dejarme el café que tenía en la mano, el café que había batido para mí. Eran las doce del mediodía, él temía despertarme.

Se sentaba a mirarme. Lloraba. Por dentro lloraba. Algún día yo me iba a ir, y saber eso lo hacía llorar, siempre.

Hacía ruido, sin querer. Yo abría los ojos, fruncía el ceño, lo miraba. Quisiera amanecer en un faro, pensaba, con el ruido del mar y la soledad. Pero él estaba ahí, con la taza en la mano y su sonrisa. Sonreía yo, qué más. Sonreía.



Yo sabía exactamente lo que me esperaba cuando acepté volver a vivir con mi madre. Pero no tenía adónde más ir. Volvía cumpliéndole la profecía que lanzó cuando me fui, Ya vas a venir con el rabo entre las piernas. Las madres siempre saben. Pensaba que iba a ser por un tiempo, por eso me aguanté la sorna. Pero los meses se hicieron años. Después, debo confesar, me dije, ya se va a morir. No, no se ha muerto, está cada día más viva y estoy por creer que me voy a morir yo primero. A veces me alegra eso, pero me pongo a imaginar con quién se quedaría y me entra la pena.

Hasta he pensado algunas veces en asesinarla. Pero a las madres no se las mata. Además, es tan fuerte que sobreviviría y yo terminaría presa.

Por ahí sería mejor que esto. Pareciera que ella sabe cuándo tengo estos pensamientos porque mágicamente me pregunta cosas del estilo, Te hago un café, nena, y ya me siento la más miserable de las hijas.



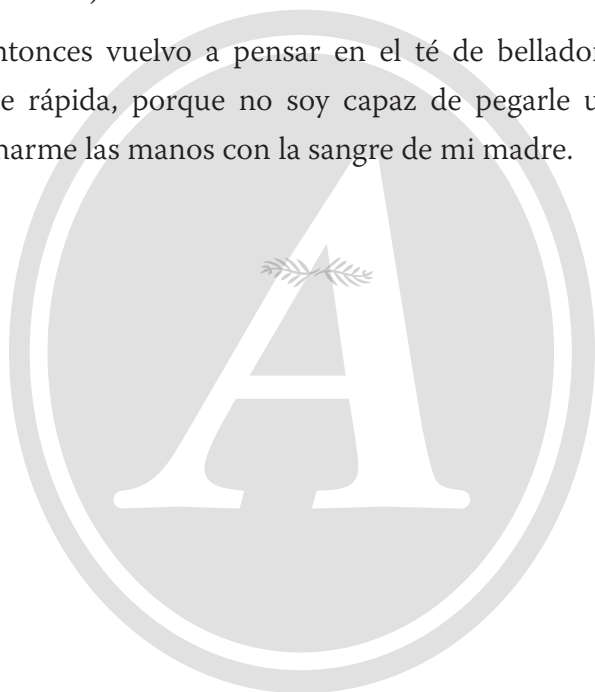
Al principio ocupé mi cuarto de soltera, como lo llama ella, aunque nunca me casé. Es como decir mi cuarto de virgen. Aunque ya no lo era y seguía durmiendo allí. Ella le dice así y yo siempre le hallo una intención oculta debajo. Estuve ahí unos meses hasta que mamá se quebró la cadera, entonces me tuve que trasladar al suyo. Sigo ahí. Lo hago porque de noche me llama y es más fácil tenerla al lado que atravesar el pasillo que separa nuestras habitaciones. Igual, al mío lo uso de estudio y me escondo para poder escribir sin que me hable. A veces sirve, pero no todas las veces. Tiene esa manera de entrar de pronto, abriendo la puerta como loca y diciendo, Oh, estás aquí, no te encontraba por ningún lado.

Sabe que siempre estoy ahí.

Cuando nota mi furia muda, agrega, No, te buscaba para preguntarte qué querés almorzar mañana. Y ya no puedo mandarla a la mierda. Sin contar que ya sabemos lo que vamos a comer mañana, porque lo hablamos hace un rato. Otras veces entra y se sienta a mirarme, Qué tanto escribís, me dice, no estarás escribiendo de mí, no. Ya no tengo con quién conversar, sigue. Todas mis amigas se han muerto. Además soy viuda, dice, vos nunca vas a saber lo que es eso. No se lo deseo a nadie. Pero seguí, seguí con lo tuyo, no te quiero

interrumpir. Suspira profundamente, se levanta con un quejido y se va. Pasan dos minutos y con la culpa macerándose las entrañas voy a la cocina a sentarme con ella, pero ya se enganchó con un programa de preguntas y respuestas y me hace callar apenas entro. Shhhhhhhhhhh, me dice, de manera irritante y sube el volumen. Me vuelvo ofuscada a seguir con lo mío y lanza el interrogante a los gritos, *Quién escribió El tambor de hojalata.*

Entonces vuelvo a pensar en el té de belladona y una muerte rápida, porque no soy capaz de pegarle un tiro, y mancharme las manos con la sangre de mi madre.



A manece y no he cerrado los ojos. Tengo la ingrata tarea de la docencia y me queda una hora para poder levantarme y salir. Una hora más en colectivo, dos cuadras y el colegio. Saludos, formación y adolescentes a los que les importa un cuerno quién era Borges y qué decía. Me tapo hasta la cabeza y cierro los ojos aun sabiendo que lo peor que podría pasarme sería dormirme porque me levantaría de peor humor. Los lunes tienen esa manía de hacernos creer que el fin de semana es el Paraíso pero, al menos para mí, llegar al viernes es un purgatorio del infierno que será el fin de semana.

Sos depresiva, Margarita, me dice mi madre cuando me encuentra por el pasillo con cara de muerta. Ella está levantada desde hace rato y toma mate mientras lee un diario. Me recuerda que no limpié la casa como le había prometido el fin de semana. No pude, le digo. Y claro, m'hija, si se pasa paveando en la compu. Tiene razón, además usa ese trato de usted para tomar la distancia justa que la acredita como madre. Yo pensaba que, llegada cierta altura de la vida, las madres y las hijas, adultas ya, podían ser compañeras. No, no es así. Al menos entre nosotras. Ella siempre encuentra la manera de hacerme sentir una adolescente. Tiene un repertorio de monosílabos, mohínes, suspiros, chasquidos de lengua y toses que me posicionan en un lugar culpable. Siempre.

Margarita, me alcanzás las pastillas de la cómoda. Suspiro.

Nena, podrías secar mejor el baño cuando te duchás. Chasquido de lengua.

Es demasiado escotada esa remera. Mohín.

Yo dije que te ibas a resfriar. Ja.

Andate a fumar lejos que desde la ventana me llega el humo. Tos.

Oh, pobre mi madre, también debe ser bravo que te caiga una hija en la mitad de la vida a modificarte la existencia. Eso por no prever, asegura, moviendo la cabeza de lado a lado. Sigue, Yo me sacrificué toda la vida para tener esta casa, una a tu edad debería tener un lugar propio, qué hubieses hecho si no me tuvieras a mí. Una vida de trabajo al lado de tu padre para criarlas y dejarles algo. Bueno, no es que les dejamos mucho, pero siquiera un título con el que pensamos que les harían frente a las necesidades. Tu hermana al menos se casó bien. Vos ni eso. No te estoy retando, no, solo digo. Barre mis pies y chas chas con las pantuflas. Trago el café y mastico mi fracaso a modo de tostadas.



Hoy podríamos ir al súper, dice, me encanta ir al súper y llenar el carro. No, pienso. Al súper, no. Además ella cree que aún va a llenar el carro. Qué vieja pava. Compremos en la despensa, le digo. Si al final sale lo mismo. Ni loca, quiero ir al súper. Dejá, no importa, voy a ir sola en taxi, total, si me asaltan, problema mío. Está tan mal todo, sigue, que estos negritos ven una vieja como yo y le arrebatan todo. Sí, furiosa ahora, negritos. No te pongas a defenderlos porque eso es lo que son.

Me callo. Una de las cosas que he aprendido es que cuando mi madre toma ese camino, no hay retorno.

A las seis vamos, le digo, esperame lista.

No podrás salir antes, no. No, mamá, el horario de la escuela es hasta las 17, no puedo. Ay, querida, refunfuña, qué esclavitud la tuya. Sí, respondo, con mal tono, una verdadera esclavitud.

Sabe que no lo digo por el trabajo, sabe.

Me cuelgo la cartera y es un espanto la cara de diablo que debo tener. Hace mucho frío, estornudo las dos cuerdas que me separan de la parada.

Sigo de malhumor cuando vuelvo. Son pasadas las seis. Tarde, me dice cuando llego. Está parada en la puerta y casi me mata de un susto. En la penumbra me espera, lista, con el bolso al hombro y la boca pintada de rojo furioso. Ella no sale sin pintarse la boca. Me dejás llegar, le pido. Ya llegaste, mirá la hora que es, además quiere un café, la señora, ironiza.

No, mamá, vamos. Ella está segura de que yo vengo de un picnic. Que mi laburo es un vivero donde los chicos son plantas y yo me paseo entre ellas. Puedo hacer pis, pregunto. Y sí, qué voy a hacer, te sigo esperando.

Pone llave y vamos a la cochera. Me da las llaves del auto, porque están siempre en su monedero. El auto de papá que ya tiene veinte años, pero ella cuida como si fuera un chiche. Solo puedo usarlo para llevarla a ella. Jamás se le ocurriría dejarme manejarlo sola. Como estoy enojada, apenas hacemos unas cuadas le digo algo que sé que la va a molestar. Por qué hago eso. Qué raro que vos siendo tan independiente no aprendiste a manejar. Listo. Tiré la piedra. Me desquité. Pero ahora viene lo peor. Soy tan boluda. Tu padre no quiso enseñarme, yo le rogué, le supliqué, pero él no me tenía paciencia, las veces que intentamos, me gritaba, me decía que era una burra, así que ahí nomás me bajé y le dije, Tomá tu auto, ahora, eso sí, vas a ser mi chofer hasta que te mueras. Y así fue nomás. No, si a mí no me iba a ganar así nomás. Pero te ganó, le digo. Para qué le digo. No quiero hablar más con vos, Margarita, pareciera que disfrutás amargándome, yo

entiendo que tengas una vida de mierda y que no te den ganas de llevar a una pobre vieja como yo a hacer las compras, pero te recuerdo que vos consumís lo que yo pago, y que nadie te ha llamado, vos solita has vuelto, así que dejá, nomás, estacioná y dejame que yo voy a entrar sola, no te necesito.

Cierro con llave y agarro el carro. Allá vamos.

